

# ASPECTO FISICO DE COLOMBIA

POR LUIS LOPEZ DE MESA

COLOMBIA tiene casa de esquina oceánica con 1600 kilómetros de costa Caribe y 1300 sobre el Pacífico, entre 4° sur y 12° norte del ecuador y de 67° a 69° del meridiano de Greenwich, en 1.138.205 k<sup>2</sup> de superficie.

El borbotón de montes y vallejuelos que constituyen el paisaje colombiano central se define fácilmente con breve auxilio de la imaginación geométrica:

A poco de entrar en Colombia la columna dorsal de los Andes por la frontera de Ecuador, hacia el paralelo de Sapuyes en el departamento de Nariño, más o menos, o sea a un grado norte de latitud (otros le fijan en Iscanza, a 1° 47'), se desprende la Cordillera Occidental que luego se denomina de El Chocó, para seguir curso noroeste por el litoral del Grande Océano. Cien kilómetros adelante, en el paralelo que corresponde al Páramo de las Papas, surge el poderoso cordón de la Oriental, que señorea las planicies de la Amazonia y de la Orinoquia Colombiana, y sigue por Venezuela al Mar Caribe, arqueándose a modo de una *S* itálica escrita de sur a norte.

Resulta así conformado un tridente orográfico, cuyo centro de trifurcación puede considerarse sito en el cerro llamado Pico de Cutanga, nudo meridional de la cordillera madre, a 4300 metros de altura, sobre el paralelo de San Agustín. El brazo central de ese tridente cordillerano es de orogénesis volcánica, y termina en las bajas serranías de Abibe, San Jerónimo y Ayapel, del departamento litoral atlántico de Bolívar, y en el poderoso brote aislado de la Sierra Nevada de Santa Marta, de diez y seis mil kilómetros cuadrados de superficie y alturas majestuosamente heladas en el puro trópico caribe. El brazo occidental, de intenso metamorfismo, represa la gigante mole del Mar del Sur, o de Balboa, y parece un contrafuerte de gravedad compensatoria a dicha oceánica magnitud. Sus postreras estribaciones separan las cuencas hidrográficas atlánticas del Atrato y del Sinú, con un rebote o resalte en la serranía del Darién, que constituye límites entre Panamá y Colombia.

El tercer brazo, denominado Cordillera Oriental o de Sumapaz, de estructura mineral sedimentaria, es un repliegue de compensación a la inmensa plataforma guayanense, o sea corrugación de contrapeso orográfico, que hacia el sur blandamente se recuesta a la Central, y al norte sigue en territorio venezolano por las altas cumbres de Mérida hasta morir en el Golfo de Paria, sobre el Caribe. Si, como parece, este plegamiento continúa del otro lado de la

Central por tierras del Ecuador, hasta Guayaquil, merecería el nombre de Cordillera Signalética Gran-colombiana, ya que, así considerada, uniría los tres países como el signo matemático de integración sobre la barra troncal de sus Andes.

A mitad de su curso, entre los ríos Ariari y Guayavero (o más próximamente, entre el Duda y el Güejar), se alza la Sierra de la Macarena en las vastas llanuras orientales u Orinoquia, uno a modo de antepliegue geológico de la dicha cordillera, con interesantes especímenes paleobotánicos del terciario orinoquense.

Estos ramales del tridente andino colombiano se extienden sobre mil kilómetros de sur a norte, ocupando en su conjunto superficie mayor de trescientos mil kilómetros cuadrados, valles inclusive. Asentado en el zócalo, por decirlo así, de las planicies orientales, esteparía o pratense al norte, desde el Arauca hasta el Inírida (Orinoquia colombiana), con algún bosque a orillas de los ríos; y selvosa al sur, del Inírida al Putumayo (Amazonia entonces), de tracto en tracto despejada en sabanas parcamente, como en el Yari, el Vaupés y el Apaporis, se apoya al occidente en el viril y angosto litoral del Magno Océano.

Y como no la tierra sino el agua determina el destino de las naciones, conviene mirar la distribución de ésta en suelo colombiano.

Ello es aún más fácil de concebir panorámicamente, fingiendo el símil de las estrellas fluviales, como sigue: Del núcleo cordillerano de Cutanga, ya mencionado, surge la estrella hidrográfica mayor (a 1° 55' de latitud norte y 76° 36' 5" de Greenwich), que configura el país hasta sus linderos, pues que de por ahí manan el Patía, que va al Océano Pacífico, por el abrupto Boquerón de Minamá, y el Cauca, que se desvió, en el plioceno quizás, para seguir al norte entre las Cordilleras Central y Occidental, en busca del Mar Caribe, recogiendo unos tres mil metros cúbicos de caudal en su vasto y a trechos tortuoso recorrido; el poderoso Caquetá, nacido al pie de Peñas Blancas, en el Páramo de la Soledad, que por el sur lleva al Amazonas unos diez mil metros cúbicos en su derrota de dos mil doscientos kilómetros; el Magdalena, que fluye de las lagunas de Santiago y del Buey en el Páramo de las Papas, para encauzarse luego en el hundimiento tectónico o sinclinario habido entre las Cordilleras Central y Oriental, con trayectoria de mil quinientos kilómetros y aforo definitivo de ocho mil quinientos metros cúbicos, que rinde al Caribe, después de ave-

nar una área de doscientos sesenta mil kilómetros cuadrados. Es el río-padre de la nacionalidad, y su cuenca comprende cuatro porciones definibles, a saber: La montañosa o torrencial, de unos cincuenta kilómetros, desde su nacimiento en la alta cumbre hasta su confluencia con El Sombrerillos, al pie de San Agustín; la pratense de San Agustín a Ciudad de Honda, denominada "Alto Magdalena"; la central o selvática, "Magdalena Media", que llega al Banco; la déltica o inferior, en fin, hasta su desagüe en Bocas de Ceniza.

También este río se desvió a fines del terciario, abandonando la vaguada de los actuales Ranchería y Cesare, del Nordeste, para buscar el álveo del Cauca, más al norte, con el cual confluye hoy por dos brazos de varia longitud.

Otras estrellas fluviales se forman, como la que en la Cordillera Occidental —con punto orográfico de referencia en el Cerro de Caramanta, de tres mil novecientos metros de altura— da origen al caudaloso Atrato, de 5.000 m<sup>3</sup>, a su afluente el Andágueda, al San Juan chocoano y al San Juan antioqueño (o Docató, de los aborígenes); la que, más al norte, con epicentro en la cima del Paramillo, también de tres mil novecientos metros de elevación, engendra el Ituango, el Páramo, el Tarazá, el San Jorge y el nilótico Sinú; la del Macizo de Santurbán, en la Cordillera de Oriente y cumbres de Santander, con índice corográfico en la remota eminencia del Ritacuva, a 5496 metros de altura, sobre la Sierra Nevada del Cocuy, para vertientes del magno Arauca, del Zulia, del Lebrija y de algunos tributarios del Chicamocha-Sogamoso; la solitaria, en fin, de la Sierra Nevada de Santa Marta, con 5780 metros de altitud en sus picachos cimeros de Colón y de Bolívar (como la gratitud nacional los bautizó con justiciera eponimia), de donde fluyen en dirección radial y áster casi perfecto, el Ranchería, el Palomino y el Río Frío, el Sevilla, el Aracataca y el Fundación, el Cesare, etc.

Lo cual es resultante lógica de la topografía cordillerana, pues cada una de sus cadenas emite contrafuertes laterales que constituyen algo así como un costillar de serranías o anticlinario, por cuyos espacios intercostales brotan arroyos, riachuelos y aun medianos ríos, tan copiosamente que el Magdalean recoge quinientos de aquestos y sobre cinco mil de esotros.

De las noventa y cinco mil toneladas de lluvia por segundo, que —según cómputos preliminares— recibe el suelo colombiano, prospera su gente, y pues la asoladora patología tropical la alejó enantes de las tórridas planicies y la condujo a situarse en las alturas, vallecillos de mediano nivel y acolinadas laderas de sus montes, alguien, porque en Colombia se dice "vertiente" por "ladera", dedujo, hace veinte años, que la colombiana es una "civilización de vertientes". El asiento de sus pueblecitos serranos y el cultivo del café, así lo confirman.

La precedente sencillísima descripción conduciría sin embargo a graves equívocos, si no se acotase un tanto y corrigiese, porque no prosperen exageradas conclusiones. De ahí, por ejemplo, el que se anote, siquiera perfunctoriamente, que esta intrincación de cordilleras, valles y llanuras engendra máximo desorden climático y muchas inconsecuencias. Los vientos Alisios que llegan del nordeste para el Litoral Atlántico y del sudeste por la Orinoquia y la Amazonía meridionales, amén de las corrientes oceánicas y eólicas del Pacífico, chocan a cada momento con los murallones de las varias cordilleras, se arremolinan con los vientos encañonados de las cuencas fluviales, y frecuentemente con los verticales que suben o bajan, según la hora, por divergencia de temperatura entre hondonadas y cumbres. De que provienen diferencias de precipitación pluvial hasta de dos metros a distancias de veinte o treinta kilómetros, como en el Chocó y en Bolívar, y hasta de uno en la misma Sabana de Bogotá, clima vario en Cali, fijo en Cartago, bonancible en Medellín, tempestuoso en Popayán, semidesértico en la Guajira, a menos de cuatrocientos milímetros de lluvia, e inundable en el Atrato, con más de ocho metros cúbicos en ciertas regiones, Quibdó, v. gr. Aun raros fenómenos electro magnéticos denuncian este caos hirviente de la naturaleza equinoccial, como el cotidiano relampagueo del Catatumbo, que añade privilegio de galanura a los vespertinos arreboles del Golfo de Maracaibo, o ese caer de rayos que chamuscan la cima del Murrucucú en la Serranía de San Jerónimo del departamento de Córdoba.

La composición mineral de nuestras cordilleras no es unívoca antes muy diferente, y esto, aunado a lo anterior, impone a flora y fauna (hombre inclusive) muchas novedades, incongruencias aun, de arduo estudio e indefectible incidencia económica, social, cultural y hasta política. Desde la vegetación xerofítica de la Guajira hasta la higrofitica del Litoral Pacífico, la Magdalena Media y la Amazonia, de las ásperas gramíneas de los Llanos Orientales a la Ezpeletia o felpudo frailejón del páramo, en los linderos de la nieve, o más extremadamente, desde el anfibio mangle marino hasta el tenue musgo de los ventisqueros, pasando por toda la gama vegetal de valles, cumbres y laderas en gradación ascendente, constituye una de las floras más ricas del mundo, si no la más. Empero, no así engendra o mantiene animales en tan copiosa y frondosa producción, como no sean de clases inferiores, de que surge un contrasentido de pobreza específica que exige ser dilucidado con mayor detenimiento.

Hace veinte años un investigador de la sociología colombiana reveló, con grave inquietud, el hecho de que el ambiente geofísico de la zona intertropical no produce vigorosas especies animales. En este país, v. gr., desaparecieron, como en todo el mundo, los grandes dinosaurios, megaterios, mastodontes, etc., del terciario y cuaternario, pero asimismo los ganados de fácil domesticación, el caballo, por ejem-

plo, la cabra y aun los huanacos y auquenas que enriquecen la fauna del Perú y de Bolivia.

Más todavía: Los proboscidios (danta) de América, los suinos (saínos o cafuches), los camélidos (llamas, alpacas y vicuñas), los carnívoros (pumas y jaguares), los cérvidos (soches y venados), los roedores (conejos y curies), los marsupiales (zariñeyas o faras), por ejemplo, son muy inferiores a los similares suyos de otros continentes, y así, v. gr., nuestros simios, no alcanzaron a la categoría del orangután ni el chimpancé, si afirman algunos exploradores del Catatumbo y el Orinoco haber visto ejemplares de ese orden. Ello es que en biogénesis superior no podemos parangonarnos con Asia, África ni siquiera Oceanía.

En contra, qué proliferación y qué hermosura de coleópteros, qué galanía en mariposas, valga el caso, la mayor del mundo, y en reptiles de toda laya, la mejor también, y en aves, asaz copiosa asimismo. Abundada de bestezuelas agresivas, insectos, arácnidos, ixodes, v. gr., (lo que comunmente decimos mosquitos o zancudos, arañas, alacranes, garra-patas y chinches), y hasta de peces dañinos, como el gimnoto o temblador, la raya y los voraces caribes. Mas, ni un caballo, ni una vaca, ni una oveja, ni siquiera gallinas, que en estirpes de utilidad hasta la abeja mayor estuvo ausente.

No es inverosímil suponer que a la extinción de las grandes especies del cuaternario contribuyó algún cambio del clima, como en todo el planeta entonces. Pero tampoco es aventurado decir que nuestro ambiente carece de algo útil a la prosperidad de la vida, ya que las especies importadas, excepto algunas, vienen pronto a menos, aves y ganados, plantas cereales y frutales, ornamentales y hortícolas, cuando no se las cuida asiduamente. Dígalo, si no, el hombre mismo, a quien apenas ahora deporte, mejor nutrición e higiene en general revigorizan un tanto y desaturden. Afortunadamente el café, la caña dulce y el banano siguen la excepción.

De este sino escaparon las regiones septentrional y austral del Continente, cual puede observarse en Argentina y Chile, Canadá y Estados Unidos.

En todo caso, ello lógicamente conduce a pensar en fenómenos de carencia de ciertos elementos, nitrógeno o calcio, potasio, fósforo o manganeso, cuanto a los mayores, y de los imponderables, tipo

yodo, cobre, hierro, cobalto, flúor, etc., amén de bacterias de simbiosis específica, vitaminas y hormonas. Sin olvidar el influjo de las asociaciones vegetales de convivencia y protección mutua, que constituyen el "arboretum" natural, como dicen los botánicos.

Ahora bien: Ante esta naturaleza hostil hallose el inmigrante colombiano. No tuvo, como el estadounidense, los caminos del mar a la vista para el comercio fecundo, ni la inexhausta troje continental a su espalda y su respaldo, que a éste enriquecieron. Tuvo sí que treparse al lomo de los Andes para evadir la selva azarosa y fatal nosología, tuvo que interponer quinientos o mil kilómetros de escarpadura y cinénagas, de ríos torrenciales y bosque virgen para hacerse casa vividera.

Entonces se produjo el caso sociológico peculiar de nuestra historia, cuanto a prosperidad y cultura: Fue ineludible destruir el país existente para recrearlo a la medida del hombre culto. Labor de siglos: con los escasos instrumentos de dominio que tenía la nación, su poca gente, y gente inexperta además, esta jornada fue casi agobiadora, de fracaso en fracaso y por centurias de esfuerzo. Apenas hace cincuenta años que El Quindío diose al café, cuarenta que el banano sembrase en Fundación y Aracataca, treinta que el edénico Valle Caucaño produce el azúcar, diez que el Sinú prosperó sus ganaderías, cinco que el Tolima acondicionó sus suelos al arroz, el algodón y el sésamo... De los treinta mil kilómetros cuadrados de eximia tierra agrícola que a lo sumo tendremos, computadas selectivamente, sólo ahora comenzamos a disfrutar sobre seguro. Antes, ni la Sabana de Bogotá, en los ejidos de la ciudad capital de la República, rendía el fruto de sus promesas.

Para colmo de desventuras, en dicho proceso de destrucción y recreación de la naturaleza ambiente, fuimos en aquella demasiado lejos y arruinamos a la postre muchos bienes. Por desterrar alimañas y descuajar abruptos montes, desnudamos el suelo de algunos sitios más allá de toda recuperación factible, sin dejar siquiera el casquete arbóreo de las cumbres, el bosque humectativo en el lomo de las serranías, el sombrío natural de las fuentes. Horadamos con minerías las faldas deleznable de los cerros y el mantillo repelamos de las vegas más fértiles, con incuria de un destino mejor y parco fruto.